

GINA BERNAL

Egresada del Taller de Escritores de la Universidad Central.

Mi maestro siempre decía que un día los relojes marcharían al revés. Era cuestión de tiempo, afirmaba. Si el hombre había sido capaz de conquistar los cielos y llegar a la luna, ¿por qué no podría hacer que la tierra girara al revés?

Aunque a sus setenta años había enseñado los principios de la física a casi todos los habitantes del pueblo, ni uno solo de sus paisanos daba crédito a sus hipótesis científicas y ninguna de sus propuestas llegó a entenderse como algo más que el delirio de un hombre senil. Sus colegas de la escuela lo llamaban viejo loco y sus vecinos sostenían que, junto con el cuerpo, se le había estropeado la cordura y no conseguía distinguir entre ficción y realidad.

Por más de cinco décadas, el testarudo maestro Olivera había intentado invertir la marcha de la tierra, seguro de que el éxito de su tentativa ofrecería a la raza humana un mejor destino que aquel que le había sido conferido hasta el momento. No obstante, tantos años de geniales y aparatosos experimentos no le dejaron más que el humo y las cenizas producidos por las estruendosas explosiones que ha causado en su cochera.

Al inicio de cada año escolar, el maestro examinaba a sus alumnos con preguntas inusuales que le permitían identificar al nuevo discípulo que lo asistiría en sus experimentos: ¿por qué, por causa de un cuerpo deteriorado, estaríamos condenados a renunciar a aquello que más disfrutamos, si podemos hacer que nuestros órganos se regeneren y rejuvenezcan con el paso de

los meses? ¿Por qué tendríamos que llorar la partida de nuestros seres queridos, si podemos verlos nacer de sus tumbas y acompañarlos hasta la niñez entre juergas y travesuras? ¿Por qué tendríamos que morir viejos y enfermos, si nuestra vida puede iniciar en un cementerio y terminar en el clímax de una noche de pasión?

Las respuestas del alumno a esta serie de preguntas eran el indicador necesario para identificar si su interés por unirse a la exploración del maestro era tan fuerte como para cambiar amigos, chicas y fiestas por horas de cálculos y ecuaciones que podrían no llevar a ningún resultado.

En mi caso, la decisión de unirme a la búsqueda del maestro no fue difícil. Siempre me han gustado los retos y en un pueblo como este no hay muchas cosas que llamen la atención de un muchacho curioso, tímido y poco popular como yo.

Debo confesar, además, que la manera en la cual el maestro nos invitaba a alcanzar lo imposible era inspiradora y me apasionaba profundamente. “Mejor fallar un millón de veces que morir sin intentarlo”, nos decía siempre en sus clases y ninguno de nosotros se atrevía a contradecirlo. Aunque nunca terminamos de creer en sus ideas, sabíamos que, si lograba su cometido, la muerte y la vida dejarían de ser lo que son.

Por eso no dudé en invertir el dinero que había juntado durante el verano, en las plantaciones de melones, en todos los libros de física que pude encontrar en el mercado del pueblo. Allí esperaba hallar lasocio-

* Primera finalista del Concurso de Cuento Interno TEUC, 2016-02.

nes necesarias para unirme a la empresa del maestro.

Luego de semanas de lectura, discusiones e investigación, concluimos que, a pesar de los múltiples fracasos previos, mantendríamos como pilar de nuestro experimento la relatividad especial de Einstein, según la cual, para una persona u objeto que viaje a una velocidad relativa cercana o igual a la velocidad de la luz, el tiempo transcurrirá más lentamente que para aquellas que permanecen estáticas o circulan a una velocidad mucho menor.

Era de esperarse: ningún físico sensato se atrevería a descartar la dilatación temporal cuando prepara un viaje en el tiempo. Sin embargo, sabíamos de antemano que la aplicación de esta teoría podría permitirnos hacer un viaje al futuro, pero no generaría ningún efecto sobre la rotación de la tierra ni sobre la duración del día sideral. Por esto, decidimos estudiar otros trabajos y teorías que, al integrarlas al experimento, posibilitarían el logro de nuestro objetivo.

Concluimos entonces que, si empleáramos la teoría de la relatividad como pilar de una experiencia que implicara el uso del cilindro de Tipler, lograríamos invertir el sentido de las manecillas del reloj.

Construimos un grueso cilindro de metal, suficientemente denso como para generar un campo gravitacional y suficientemente pequeño como para entrar en la cochera del maestro, lugar donde reposan los restos de sus experimentos fallidos, pero que ofrece las mejores condiciones para una prueba de esta naturaleza.

Y es justo ahí donde nos encontramos en este momento, a punto de poner en marcha el motor de partículas que hará girar nuestro cilindro a una velocidad cercana a los 298 000 km/s. Si nuestros cálculos son correctos, el cilindro deberá girar exactamente tres minutos y veintiocho segundos antes de que la tierra ceda a

la fuerza del campo gravitacional que habremos creado.

Dado que al maestro le entusiasma la posibilidad de convertirse en un científico célebre y obtener importantes reconocimientos por sus trabajos en física, nos hemos ubicado en lados opuestos del cilindro para observar cada detalle de este experimento y asegurar que contaremos con la información suficiente para documentar su desarrollo y resultados.

Aún no se lo he dicho, pero estoy seguro de que el día en que reciba esta distinción nunca llegará. ¿Cómo podría recibir un premio por el resultado de un experimento que, si tuviéramos éxito, iríamos deshaciendo con el paso de los segundos?

Todo está preparado: el cilindro, el motor y el reloj de pared que, al marcar su primer *antisecondo*, se convertirá en testigo irrefutable de nuestro éxito. El maestro dará la orden y a la cuenta de tres activaré el interruptor.

“Un, dos, tres. Ahora”, lo escucho gritar y enciendo inmediatamente el motor. El cilindro empieza a acelerar y pocos segundos después veo cómo los objetos que nos rodean comienzan a desfigurarse y sus siluetas se convierten en manchas amorfas que se confunden entre sí.

Por un momento me olvido del maestro y me pierdo en la contemplación de la acción gravitatoria que se va generando y en la facilidad con la cual atrae hacia ella los objetos más pesados y la luz que la circundan. Como un prisma, el cilindro y su campo gravitacional absorben toda luz, y generan miles de parábolas multicolores que invaden la cochera y ofrecen un cuadro surrealista.

Un tictac me trae de vuelta y me recuerda el objeto de este experimento. Consulto el reloj para comprobar que han pasado tan solo dos minutos y treinta segundos desde el momento en que accioné el motor. Menos de un minuto para concluir

esta experiencia y descubrir si el maestro y yo nos convertiremos en los héroes incognoscibles que ofrecerán al mundo una nueva juventud.

El maestro desde su posición, 180 grados opuesta a la mía, me grita: “El reloj ha empezado a ralentizar”. “No creo —le respondo—. Desde aquí yo veo que el reloj marcha a la velocidad de siempre y las manecillas siguen su curso normal”. “No te preocupes —riposta—, es la dilatación del tiempo. Es totalmente normal que los dos observadores registremos lapsos de tiempo distintos en un experimento de esta naturaleza”. Faltaron solo unos pocos segundos para que advirtiera un cambio en el andar del reloj. “Tiene razón, maestro, el segundero parece ceder a la acción gravitacional”, le grité muy fuerte pensando que ya no me escucharía. “No seas obstinado —me dice con tono burlón—. No es el segundero el que cede, es la tierra la que ha empezado a girar en el sentido de las manecillas del reloj”.

Cuando el reloj marca para mí el tercer minuto, el segundero parece andar aún más lento y su marcha se ve forzada, como si un imán lo atrajera y le impidiera continuar. El minuto avanza con absoluta lentitud y al llegar el segundo veinte advierto con claridad que el mundo se detiene junto con todo aquello que aún no ha entrado al campo gravitacional. Allí, el cilindro se ha hecho casi imperceptible y solo las parábolas parecen seguir en movimiento.

El peso de las fuerzas físicas se hace evidente en toda la habitación. Mi cuerpo parece haber adquirido un peso un millón de veces mayor al original y siento cómo las parábolas me atraen hacia el centro del campo gravitacional, llevándome a pocos milímetros del cilindro rotatorio.

Durante lo que parecen ser algunos segundos, sostengo el aliento y contemplo

con asombro el espectáculo que se ofrece ante mis ojos. Hemos creado una acción gravitatoria tal que el cilindro ha atraído toda la materia que la rodea, incluso la del planeta tierra. El sueño del maestro está a punto de hacerse realidad y yo soy el primer espectador de este cambio irreversible para la humanidad.

Al marcar el segundo veintiocho, el reloj se detiene. El maestro me grita con entusiasmo que lo hemos logrado y que este momento es todo lo que había soñado desde que, como yo, empezaba a descubrir la física en la escuela del pueblo.

Me conmueven sus palabras. Tengo que confesar que también dudé de su cordura y hasta lo hice objeto de mis bromas infantiles. Ahora, gracias a él y a su obstinación, estamos realizando el primer viaje en el tiempo. Un viaje que nos llevará a todos a vivir en el pasado.

De repente, el reloj marca el primer *antisegundo* y el cilindro se detiene brutalmente y me libera de su fuerza gravitacional. Una sensación de angustia me invade y siento miedo de las consecuencias de nuestro experimento. ¿Habremos lastimado a alguien? ¿El campo gravitacional habrá atraído a la tierra objetos nocivos para la vida? ¿Es esto algo que dará verdadera felicidad a la humanidad?

Necesito hablar con el maestro. Quiero que me explique qué ocurrirá ahora, que me diga que no nos hemos equivocado, que no hemos causado un daño irreparable. Lo llamo a gritos, lo llamo cientos, miles de veces. Recorro impaciente esta cochera gritando su nombre, buscando su figura. Pero no tengo éxito, mi compañero se ha ido, no existe más. De aquí en adelante solo estaré yo, Anastasio Olivera, un físico obstinado que ha aprendido a viajar en el tiempo para regresar siempre a este mismo lugar. ■■■